

Cultura a la contra

Otra de comics

Comics, comix, tebeos e historietas de toda la vida, tras cómicas..., de todas estas maneras y de algunas más se pueden llamar a las viñetas ordenadas, siguiendo una técnica de montaje cinematográfica, que nos cuentan historias. Los eruditos —desde Alain Doremiex a Luis Gasca, sin olvidar al maestro Umberto Eco— pretenden remontar el comic y su técnica a los murales egipcios, a las imágenes de Epinal, a los carteles de ciegos... yo qué sé. Pero la verdad es que el comic nace en el siglo pasado, y en la prensa. Es una forma más de periodismo, aunque a veces sea —casi siempre— periodismo ficción. Ficción que, como siempre, revela la realidad mejor que la noticia manipulada que nos suelen servir. Parafraseando a Oscar Wilde, podríamos decir que el comic tiene la verdad de las máscaras, que es un espejo de la vida.

Y si no, que se lo pregunten a Antonio Martín, que ha publicado en la editorial Gustavo Gili una "Historia del comic español, de 1875 a 1939". Allí se ve reflejada la realidad española de esta época, tan bien como en una historia de España de esos mismos años, o como en los periódicos de entonces. Es una pena que no haya seguido adelante, que no nos haya contado cómo era el triste comic de posguerra, cómo es el de ahora... Tendríamos un retrato fiel de lo que ocurre, de lo que nos ocurre a los españoles.

Lo tenemos en la maravillosa obra de Carlos Jiménez. Este joven dibujante, tiene —aparte de sus mil colaboraciones en revistas del género— cuatro álbumes verdaderamente maravillosos. Un testimonio de España —"España Una", "España Grande" y "España Libre" se titulan sus tres primeros álbumes—, de la España miserable, franquista y garbancera que sufrimos con Franco. Y es que con Franco sufríamos mejor. Y el último hasta ahora publicado, "Barrio", es una estremecedora y realista historia —llena de humor y ternura, dentro de lo amargo de su cuento— de la posguerra primera, de aquellos tiempos en que los niños se peleaban por entrar en los comedores de Auxilio Social. Podría llamarse a lo de Jiménez comic neorrealista, si es que nos gustase —que no nos gusta— poner etiquetas a las cosas. En todo caso, es un espejo de la realidad que en este país hemos vivido.

Por otra parte, está la revista de Gijón "El Wendigo" —nombre mítico y terrible, que arranca de leyendas inventadas por Blackwood y Lovecraft—, que empezó siendo fanzine y se ha convertido en una de las revistas más serias dedicadas al estudio del comic español y extranjero. Los chicos que la hacen —son sólo dos— tienen una óptica bastante marxista del asunto, y a veces, llevados por ella, simplifican demasiado las cosas y remachan cosas que cualquiera puede saber: que "Roberto Alcázar y Pedrín" era un tebeo fascista, por ejemplo. Y, sin embargo, es interesante su trabajo. Ingenuo, pero interesante. Además, dan muestras gráficas del último tebeo español. Es una revista necesaria para cualquier aficionado al género.

No acabaré sin hablar de otro tipo de comic totalmente distinto: me refiero a las historietas de corte surrealista de "El Hortelano"; recogidas en su librazo "Europa réquiem". Heredero del surrealismo y de dada, tal vez sin saberlo, "El Hortelano" fabrica un mundo de peces y triángulos, de Metros que se funden, de soledad del hombre ante las cosas y ante sus propias metamorfosis. El mundo se transforma en él, y la vida es más vida, y la muerte es más presente. Se trata de un artista, de un grafista de genio. Y es que los dibujantes de comics españoles son los mejores del mundo. Y, por una vez, no exagero nada. ■ EDUARDO HARO IBARS.

CINE

"El lugar sin límites"

Un pueblo prácticamente abandonado donde sobreviven sólo las caricaturas de un pasado supuestamente esplendoroso: los habitantes de un prostíbulo, ayer lleno de lentejuelas y hoy carcomido por la miseria, y la inutilidad, y el dueño absoluto de ese pueblo, comerciante con las ilusiones, la vida y la muerte de sus habitantes y a su vez perdido en la frustración de un presente que no corresponde a sus viejas ilusiones íntimas.

El paso del tiempo, que no ha cambiado de raíz la esencia de unas vidas mediocres, pero ha adjetivado con más propiedad el sentido de unos seres dependientes del hambre programada, de la felicidad controlada por quienes, en la sombra, hacen y deshacen según sus intereses, es el gran protagonista de esta película mexicana, basada en la novela homónima de José Donoso, el escritor chileno de nuevo en la actualidad por su espléndida y reciente "Casa de campo". Pero si el tiempo es la base de esta crónica vital, "El lugar sin límites" descubre también el valor de unos personajes pequeños, revueltos en tensiones que, vistas desde fuera, pueden parecer ridículas, pero que encierran más parentesco de lo imaginable con la esencia de otras vidas propias del mundo desarrollado. "El lugar sin límites" no es la fábula de una sociedad inexistente, sino el espejo deformado de nuestra cotidianeidad. Con la diferencia, quizá, de que no sea tan habitual entre nosotros la posibilidad de captar la sensibilidad y la ternura, la desolación y la grandeza de un personaje específico e inolvidable: la loca Manolita, regente de la casa de putas, aterrado y seducido por la imagen de Pancho, el chulo viajero que no es capaz de admirar su predilección sexual por él/ella. La interpretación de Manolita es uno de los más evidentes aciertos de esta película: el actor Roberto Cobo realiza un trabajo brillante, lleno de mati-

ces, de entrega, de humor, de patetismo. Manolita es el punto álgido de "El lugar sin límites". Es a través de Manolita como se desprenden todos y cada uno de los aspectos de "El lugar sin límites": es en su miedo y en su amor, en su aspecto grotesco y en sus diálogos, en sus sueños y en su pasado, en su indiferencia y en su generosidad, en sus envidias y en su astucia, en su torpeza y en su fealdad, como se estructura esta película que ahora se estrena en España tras el evidente éxito obtenido en el último Festival de San Sebastián. "El lugar sin límites" es obra de personaje, así lo ha entendido el director Arturo Ripstein, sirviendo al lucimiento de Roberto Cobo; en la modestia de su esfuerzo realiza probablemente su mejor película, a pesar de que muchos aspectos de la misma queden deshilvanados o ausentes de un mayor rigor. Hay que ver y aplaudir a Roberto Cobo, inteligente, hábil, actor entregado sin fingimientos, sin estrecheces, sin intelectualismo que deforme, como tantas veces ocurre con la interpretación de personajes homosexuales por parte de actores dispuestos a marcar un distanciamiento privado con las características del personaje, como si eso pudiera importar a los espectadores. Roberto Cobo, toda una lección. ■ DIEGO GALAN.

"Renata"

Poco queda en esta banal y tópica historia de amor a lo Tennessee Williams, pero sin el talento ni las motivaciones del autor norteamericano, de aquella sensibilidad de Florestano Vancini por captar la desolación y las contradicciones de unos personajes que habían perdido en cierto modo el rumbo de sus vidas. Eran aquellos, hombres de la izquierda que veían, tras el XX Congreso, cómo se disolvían muchas de sus estructuras y cómo los mecanismos de la guerra fría, el acomodo a una nueva situación política, giraban notablemente sus proyectos revolucionarios. Directamente así expuesto o latente en el trasfondo de "La larga noche del 43" y "Las estaciones de nuestro amor", Florestano Vancini tenía la capacidad de incidir en